



MERCADO DEL CARMEN. HUELVA.

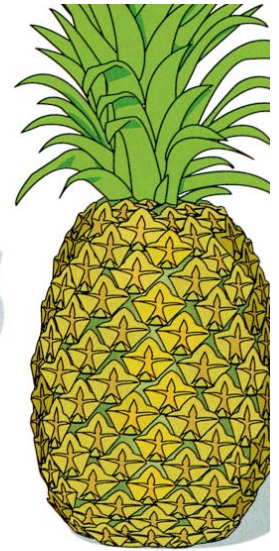
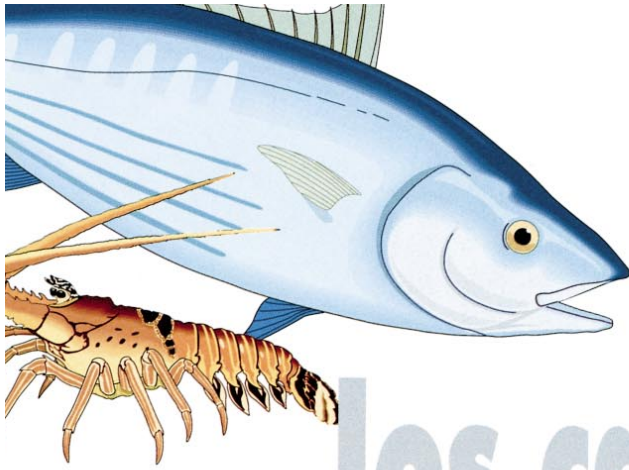
EL RITO CONCENTRICO (o en un Mercado tartesso)

JUAN COBOS WILKINS

Para Antonio Ignacio Giralde

Cuántas veces habré regresado desde aquella primera, inesperada, imprevista, en la que me vi inmerso en los extraños círculos concéntricos de su corazón. Un corazón hecho de flores y de frutas y de peces y de aves... y de pregones y voces y miradas. Un corazón latiente y vivo, cálido y envolvente como un turbante que, al desprendémoslo a la noche, nos hubiese tintado la piel de azul o carmesí. No sé en cuantas ocasiones habré vuelto desde aquel día lejano de mi infancia... Es curioso, digo: "lejano", y sin embargo puedo rozarlo con la yema de los dedos y, sin necesidad de magdalena, ir no sólo en su busca, (no necesito buscarlo puesto que siempre estuvo y está ahí, aquí) sino revivirlo. Como si fuese hoy mismo la mañana aquella que solté la mano de mi abuelo y me perdí por calles desconocidas hasta encontrarme más que con él, en él. Desde entonces, inaugural y fundadora, esa visión primera prevalece por encima de cualquier otra y, a pesar de los años transcurridos, siempre, cuando dirijo mis pasos al pequeño laberinto de sus puestos, siempre, me asalta con asombro, dulcemente. Y yo me dejo rendir a su recuerdo.





Todos
los caminos
conducen
a ...



El Mercado del Norte



MERCADOS CENTRALES DE ABASTECIMIENTO DE BILBAO, S.A.
MERCABILBAO
Bº ARTUNDUAGA, S/N
Tels. 4492758 - 4493262 / FAX 4406603
48970 BASAURI (BIZKAIA)



Desde hacía varios días un diente me amenazaba con su adiós definitivo. Pero, como esas visitas pesadas que no acaban nunca de marcharse o esas personas que te paran en mitad de la acera, te acorralan contra la pared, te dan golpecitos mientras te hablan y, lo peor, lo más terrible, no saben cómo despedirse, igual que ellas, mi diente no se decidía a abandonarme, a caerse del todo, y ahí estaba, pendiente de un hilo, colgando como una minúscula estalactita del cielo de mi boca. Estaba sin estar en mí. Pero qué podía yo saber entonces de los místicos. Y ni era lo que se suele entender por un "niño santo" ni aspiraba a serlo, así que el diente de "caigo o no caigo" se había convertido en un auténtico engorro y me estaba fastidiando de verdad, de verdad de la buena. Si miedo me daba comer por temor a tragármelo, disimulado polizón entre los alimentos, (eso me podía suceder, no tenía más que recordar cómo me hicieron tomar una pastilla camuflada dentro de una bolita de coco y chocolate) terror me causaba imaginar que mientras dormía pudiera desprenderse y atravesármelo en la garganta y morir yo asfixiado sin llegar siquiera a despertarme. Así que estaba obsesionado con el dichoso diente colgante, me molestaba para todo: para hablar, para beber, para reírme... Y además, decían que si el diente caído lo colocabas de noche bajo la almohada, por la mañana había desaparecido y en su lugar el ratoncito Pérez te dejaba un regalo. Yo nunca me lo creí, me parecía una tontería, y no porque me faltase imaginación y fantasía, que siempre anduve sobrado y con propina, sino porque lo de un "ratoncito" y, encima, que se llamase "Pérez" me sonaba bastante cursi e increíble, una ñoñería, vaya. Pero, mamíferos roedores aparte, la sorpresa bajo la almohada sí que me hacía ilusión. Aunque la mano bienhechora, sospechaba yo, fuese la de mamá. Pero no, no había forma ni manera: cimbreado, tambaleante, columpiándose cual Pinito del Oro en el trapecio, el diente seguía aferrado a la encía como un naufrago a su tabla. Yo le había escuchado a papá decir que si no se me acababa de caer de una vez tendría que ir al dentista, y a mi abuelo ofrecerse a llevarme porque era muy amigo del mejor y más reconocido odontólogo que por entonces ejercía en la ciudad de Huelva.

Ese intercambio de opiniones y esas frases se grabaron en mi mente igual que la marca de la ganadería en la piel de la res: al rojo vivo y, como de ella, parecía salir de mi cabeza el humo de mis pelos chamuscados por tantísimo pensar y darles vueltas: ya me veía sentado en el sillón de ese verdugo, de ese torturador, de ese malvado, cruel y sanguinario y él, sonriente y sádico, se me iba acercando con inyecciones de agujas finísimas, con taladros que hacían un ruido espantoso, con extraños aparatos inquietantes, cuya sola visión estremecía y ponía la carne de gallina... Así al menos lo suponía yo tras escuchar el testimonio de otro niño que ya había pasado -¡y, milagro, milagro, había sobrevivido!- por el horrible trance... y mirar sin querer ver pero remirar unos dibujos que encontré en un libro grande y antiguo. Desde entonces temía que en cualquier momento decidieran llevarme ante aquella bata blanca más temible para mí que la sábana de un fantasma. Evitaba cuanto podía salir de paso con mi abuelo y hasta rechacé ir al cine a ver "101 Dálmatas", y mira que tenía ganas... pero estaba seguro de que bajo la más inofensiva y atractiva apariencia me acechaba, sibilina, la celada.



Aquel día no hubo ya excusa posible y cuando me di cuenta me encontré caminando de su mano por la calle más céntrica y comercial de Huelva, la que todos llaman Concepción pero que en realidad, aun siendo la misma, se divide en tres tramos: Berdigón, Arquitecto Pérez Carasa y, finalmente, la que da nombre a todo el conjunto. Es una larga calle, populosa, colorista, arteria comercial de la ciudad, centro de la misma junto a su paralela, la Gran Vía, que arranca en el conjunto arquitectónico, magnífico, de la "Casa Colón", en la Plaza del Punto, y desemboca en otra popular plaza, la de Las Monjas, y

con un continuo trasiego de personas, gente que va y viene con especial intensidad y densidad a las horas de comercio. Es toda ella una tienda prolongada, una serpiente extendida con piel de vidrio que deja ver en el interior sus vísceras: bolsos, abrigos, zapatos, pasteles, libros, colonias, muñecas, juguetes de los que ya casi no quedan, joyas, trajes de novia... Escaparates que intentan atrapar al viandante, atraerlo, hipnotizarlo con sus ojos de cobra y hacerle traspasar la puerta para que cumpla con la ceremonia profana de este final de milenio: alimentarla y consumir. Si vas a Huelva, antes o después, acabas pasando por la calle Concepción. Como yo, niño, aquella mañana y de la mano de mi abuelo: no tenía la menor duda; la profecía se había cumplido. Y, con ella, todos mis temores: me encaminaba hacia el cadalso, hacia la silla eléctrica. ¡Maldito diente! Algo había que hacer, pronto, rápido. Y lo hice, vaya si lo hice...

Ya estaba hecho: me solté de los cálidos dedos y, antes de que mi abuelo se diese cuenta, antes de que pudiera reaccionar, estaba yo corriendo que me las pelaba y perdido entre aquel río de gente. Yo me veía pequeñito, pequeñito, como hierba entre el bambú, pero no había tiempo para detenerse a esas cosas, era preciso escapar antes de que todos los policías de la ciudad hiciesen sonar las sirenas de sus coches en mi busca y sus perros, pastores alemanes adiestrados, siguieran mi rastro olfateando alguna ropa mía; también, seguro, repartirían mi foto y darían mi nombre por la radio, hasta podía que recurriesen a alguna de esas videntes repintadas... (no, pero no, esto último lo rechacé enseguida, mi familia no era de esas pamplinas).

Estaba perdido. Yo jamás había ido solo por esos lugares, torcí a la izquierda y bajé por la calle Rascón, -según supe más tarde, porque entonces iba yo como para detenerme a leer los letreros- después un tramo más pequeño a la derecha, calle de Las Bocas, luego otra vez a la izquierda... y ahí estaba el Mercado del Carmen, la plaza de Huelva. Nunca había estado en un sitio así, todo lo más, la tienda cercana de casa a la que algunas veces acompañaba a mi tata. Pero ni comparación... bueno, era como tener media página de cromos de "Banderas del Mundo" o el álbum completo de "Los Diez Mandamientos". La primera impresión fue de sorpresa, de alegría, de confusión. Todo mezclado en un "totus revolutum" de vida. Supongo que abrí mucho los ojos y me brillaron, dilatadas, las pupilas; sí sé, lo recuerdo, que me olvidé de la policía, sus perros, la vidente... y hasta del mismísimo dentista. No se entraba a la plaza de golpe, no, había que ir despacito, pausado, poco a poco: igual que se pela un palmito -tan de Huelva- en enero, por San



Sebastián. O como se monda una granada, tan fascinante, apartando uno a uno los velos de su templo hasta alcanzar los misteriosos cálices engastados en un panal de rubíes: rojo Grial de su centro vivo y de vida. Esa especie invisible, sutil, pero existente, de círculos concéntricos, de ondas que genera la piedra al entrar en el agua, estaban allí por primera vez y ya por siempre para mis ojos.

Ni una sola vez he vuelto al Mercado del Carmen, a la plaza de Huelva, que no haya sentido ese adentramiento progresivo en sucesivas capas envolventes: primero, sin formar aún del todo parte, las tiendecitas pequeñas, como de pueblo, que muestran sus géneros y mercancías en la calle: cacharros de plástico y cachivaches, olor de panadería, vestidos baratos –batitas fresquitas para el verano, como las de la Mortiñera– colgados a la puerta del comercio, formando una visera en apretado batiburrillo de tejidos y colores... otra tienda, ésta ya en la misma esquina, vieja, más que vieja, gastada, con su pulido mostrador de madera, sus columnas, su doble techo con corredor... y sus piezas de tela, sus retales, expuestos como olas que avanzan o lenguas de colores que lamen la calle...

Después, las gitanas, su llamada al pasar: "¡Chiquillo, niño...!, romero, espárragos, higos chumbos fresquitos y ya pelados, sin espinas, caracoles, claveles rojos y blancos, clavellinas moradas o amarillas... y manteles, pañitos bordados, tapetitos, pañitos de croché. Frente y tras ellas, otras filas de comercios: de cuchillos a perritos de porcelana, de cacerolas a mesas camillas, a geranios de plásticos, a "Corazones de Jesús", a barnizados cuadros de santos y jaulas de perdigones...

Y ya, el acercamiento sigiloso del gitano, como si fuese a revelarte el secreto de las fuentes del Nilo o se supiera vigilado por todos los oliváceos seguidores de D. Francisco Javier Girón, duque de Ahumada, y total para decirte de lado, por la comisura de los labios, y mientras fingidamente nervioso mira por el rabillo del ojo a otro sitio, que si quiere a buen precio, casi regalado, un reloj o un anillo que ¿te muestra? visto y no visto el falso oro de la gruesa cadena y el brillo imposible del tremendo anillazo. En el límite ya de la entrada al laberinto, formando su misma muralla, el puesto de los churros o calentitos o jeringos o tejerings... y el bar donde desliar el cucurucho de papel y tomárselos con un largo cafetito caliente. Ahí está una de las entradas secretas, el "ábrete Sésamo", de la plaza onubense, porque desde el local puede accederse sin transición al estómago de la ballena.

Y entonces yo era Jonás y era Simbad y era Aladino. Era yo, que miraba absorto todo esto y creía estar en el interior de un cuento. La gente, sobre todo mujeres, iba y venía sin reparar en mí y yo podía deambular tranquilamente por las callejuelas, mirando los tesoros de cada puesto, tratando de distinguir tantos olores que me llegaban de golpe y a la vez, ebrio.

Además, me sentía seguro, me parecía estar escondido en plena selva, camuflado, en un lugar donde nadie iba a sospechar que yo estaba y en donde, por tanto, nadie me buscaría. Aunque, la verdad, de vez en cuando me acordaba de mi abuelo y de mis padres, de lo que estarían sufriendo por mi pérdida, pero como yo pensaba volver... pues, bueno, tam-





co era para tanto y, además, un poquito de susto no les venía mal, les estaba bien empleado... por haberme querido llevar al potro de tortura.

Todo me parecía fantástico: como la cola desplegada de un pavo real. La riqueza y la variedad de las tierras tan distintas de la provincia se mostraban allí. En aquel mercado tartesso. Huelva es como España en chico: mar al Sur; montañas al Norte; al Este tierra y agua, y al Oeste, Portugal. Eso sin contar el paisaje lunar y alucinante de las minas de Riotinto. Aunque, claro, ni la pirita ni el cobre se venden en los puestos de los mercados. Pero sí la fruta de la Sierra, melocotones, peros, cerezas, caquis, castañas, gamboas, nueces, paraguayos... venidos desde Galaroza, Almonaster, La Nava... y su chacina, merecidamente famoso el jamón ibérico de bellota, pero no menos sabrosa la caña de lomo, la entraña (ninguna como la del ya desaparecido matadero de Campofrío) el morcón... procedentes no sólo del conocido Jabugo, sino de cualquier pequeña aldeíta, como Los Romeros. El violento estallido rojo y coronado de verde de las fresas de Palos o Lepe, como si cientos de bocas de artistas de los años cuarenta, pintaditas de intenso carmín, se hubiesen ido amontonando hasta formar una pirámide.

Y, al fondo, en las últimas calles, la maravilla de las maravillas: los pescados y mariscos recién sacados de las redes por los marineros de Isla Cristina, de Ayamonte, de El Terrón... saltando en los mostradores de tan vivos y frescos: la mejor gamba blanca, los diminutos camarones que se comen a puñados, las bocas, las cañaillas, las navajas, los cangrejos, la plata azulada de los boquerones y las sardinas, el rosa suave de los salmoneles, la plana hoja marrón de los lenguados, la luna llena y redonda de los rodaballos, las coquinas como ojos orientales y el atún y la jibia y los chocos –que dan nombre popular a los onubenses: choqueros– y mi mayor fascinación, lo que hizo que me quedase quieto, paralizado, boquiabierto: un gigantesco pez espada con su espada larga y afilada.

Me parecía ser el protagonista de un relato de Julio Verne o de un capítulo de El Capitán Trueno. Allí estaba yo, noble y valiente, intrépido y justiciero, dispuesto a combatir al astuto monstruo de los mares para salvar a la princesa que el pérfido escualo mantenía prisionera en su oscura cueva de las profundidades. Pero ni siquiera la más fabulosa de las aventuras imaginadas podía compararse a lo que sucedió entonces.

Y sucedió como en los cuentos. Alguien me hizo señas para que me acercara. Era una anciana de hermoso pelo blanco recogido en un moño, el cutis limpio y terso a pesar de los años, y a la par que en su rostro se dibujaba una sonrisa tierna, bondadosa, me alargaba su mano y me ofrecía en ella una manzana. Sí, tan roja y tan brillante como la de Blancanieves. Me acordé inmediatamente –conocía el cuento y había visto la película– ¿y si se trataba de una bruja disfrazada? ¿y si la manzana estaba envenenada? Ella continuaba sonriendo y mantenía su regalo en la palma extendida. La Tentación. Habría sido un niño bastante repelente si a esa edad hubiese leído ya a Wilde. Ni lo había leído ni tenía la menor idea de quién era. Pero años después, cuando sí entré en las páginas del encarcelado dublinés, comprendí que también yo en aquel momento podía vencerlo todo menos la tentación.

El final de aquella travesura y de esta historia, de esa escapada de niño que viví como una aventura inolvidable, hasta el punto de no ir ni una sola vez al mercado que no rememore alguno de sus detalles y que me ha dejado para siempre, indeleble ya, su huella dactilar, esa forma peculiar de acercarme y penetrar en él, de conocerme, de saberme yo adentrándome en él, ese final se lo cuento hoy a un amigo, sentados ambos bajo una de



las sombrillas de aquel bar que era –y es– secreta puerta de entrada al laberinto vegetal y animal, marino y terrestre, tartesso.

Y se lo cuento ahora que han anunciado el inaplazable y próximo derribo de este mercado y se lo voy contando lentamente, al ritmo de las canoas no lejanas, al del propio latir del recuerdo, mientras, como algún que otro sábado perezoso, desayunamos allí café con churros de patatas –si quedan a esas horas– y observamos, buscamos, vamos a la caza, perseguimos con fruición la presencia de personajes: la señora alta y pelirroja, quizás antigua "madame", con sus senos empitonados y enhiestos, paralelos y desafiantes bajo el ajustado jersey de punto, un par de tallas más pequeño que la adecuada; la silenciosa y frágil anciana, con peluca desde mitad de la frente, siempre cargada de bolsas y encorvada, como una hormiguita laboriosa, tal vez una vieja criada de esas que permanecen internas desde la juventud, nunca se casan, ven crecer a los hijos de "los señores", a los nietos... y creen ingenuamente que son algo suyo, que ellas después de tanto tiempo "también" forman parte de la familia, y pasan los años, pasan... se pasan ellas, se van volviendo sordas, pierden la vista, las piernas les fallan, se les rebaslan las copas de cristal, rompen la loza, y entonces, ya inútiles... "Si vieras qué mal rato he pasado, pero compréndeme, no hemos tenido más remedio..." O el extraño acompañante de la vendedora de cupones, minúsculo y negrinino balanceante... Personajes nuestros que antes o después cruzan la mañana del sábado y atraviesan ese espacio ritual y público. Y lo iluminan.

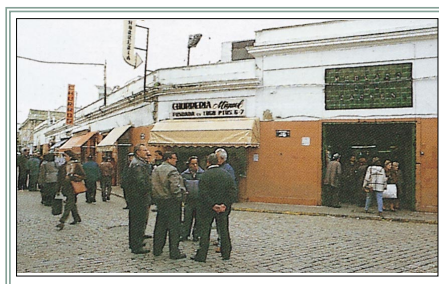
Se lo cuento, le digo... y cogí la manzana y la mordí con fuerza y supe que no era ninguna bruja sino el hada buena del mercado, la más buena y maravillosa de todas las hadas de todos los mercados, y lo supe porque al morder la fruta, en lugar de caer envenado, se cumplió mi deseo: el diente quedó ahí, como un iceberg en el mar rojo, como una infantil banderilla blanca hundida en la ruborizada piel de aquella inolvidable manzana. □

JUAN COBOS WILKINS
ESCRITOR

El viejo Mercado Municipal del Carmen está ubicado en pleno corazón de la ciudad de Huelva, entre las calles Carmen, Duque de la Victoria y Barcelona, muy cercano al perímetro de pescadería (zona portuaria de Huelva). Es un edificio de arquitectura modesta, de una sola planta, con una superficie total de 2.890 m². Consta de dos crujías desarrolladas según los lados del perímetro correspondiente a las calles de Barcelona y Duque de la Victoria, en forma de U. En esta parte se localizan la mayoría de los puestos de carne, accesorios, puestos exteriores y dependencias administrativas. La U queda cerrada por una gran nave normal a su eje en la que están situados sus 71 puestos de pescado.

En el gran patio central, están dispuestos los 107 puestos de frutas y verduras. Cabe destacar la airosa marquesina que circunda la Plaza, que a más de hermosearla, ha resultado beneficiosa y útil.

MERCADO DEL CARMEN



El edificio actual se fue construyendo, en diferentes períodos, desde finales del siglo XIX hasta mediado el siglo XX. La primera noticia inédita sobre este particular data de Abril de 1895, cuando en una sesión municipal se aprueban varias cuentas de gastos, a fin de comenzar el cerramiento de la plaza de abastos.

En 1913 ya tenía cinco grandes puertas, tres naves y cuatro cuarteles. En 1917 se acordó ampliar la cubierta del mercado a los puestos de pescado y en 1921 se aprobó el proyecto de "reforma del Mercado del Carmen".

En mayo de 1930 se propone por primera vez la construcción de una nueva plaza de Abastos, pero el viejo mercado sigue en pie, con rejuvenecedores blanqueos, y pendiente de su nueva ubicación en la zona que ocupaban los antiguos "tinglados de pescadería". En la actualidad, hay 309 puestos, 13 exteriores y 296 interiores.